

nazada. En compañía de Récal pasó la velada en casa de Campardon, y, sin ocultar que ambos tenían entre manos una comisión muy peligrosa, se despidieron á buena hora para ir á la cita convenida.

*
* *

Puebla dormía segura y tranquila; los oficiales, si no se hubieran topado con un escuadrón de caballería que estaba dispuesto para cubrir la posible retirada de las columnas de á pie, habrían pensado que estaban en la ciudad levítica y monacal de marras, cuando aún no se tenía á Puebla como punto de disputa ni habían caído sobre ella tantas bombas y tantas balas cuyo estruendo la había de despertar del secular sopor en que yacía. No se escuchaba un tiro ni un grito de alerta, ni un ¡quién vive! que interrumpiera la calma de aquella noche en que apenas brillaban las estrellas como ojitos claros que espían las idas y venidas de los bultos oscuros que se removían en el más oscuro pedacito de tierra.

Al peso de media noche llegaron con pasos tácitos los que habían de asaltar las trincheras. A las dos de la mañana se oyó el tronar de un cañón, luego el de una gran pieza de batir, después el de muchísimos fusiles. Contestaron los sitiados con grandes intermitencias y como con flojera; replicaron los de fuera con gran vivacidad y al



El general Diaz vitoreado por sus tropas el 2 de Abril.

fin (podían verlo los de Enríquez desde su atalaya) el fuego se hizo general desde fortines, balcones, azoteas y puertas.

— Están allí casi todas las reservas, declaró Pancho en voz alta.

El resto de la plaza permaneció callado; apenas si un cohete azul que subió de Loreto fué contestado por otro rojo que subió de Guadalupe, rayando de arriba abajo la negra pizarra del cielo imperturbable. Pancho sentía en el alma no sé qué vaga tristura, no sé qué dolorosa melancolía que le daba como resultado de sus pensamientos esta convicción: «la empresa saldrá bien; pero yo quedaré en el sitio».

— ¿Qué tienes, hombre? le preguntó Récal en voz baja. ¡Tú, el cantador, el entusiasta, el alegre, estás allí alicaído y hecho una momia de tristeza!

— Nada, nada tengo. Pienso en esto que nos aguarda.

— Nos aguarda el llenarnos de placer, y descansar y establecernos á nuestro gusto.

— Tal vez, tal vez, exclamaba el coronel apartando de su frente aquellas ideas.

Pero cuando terminaban aquel diálogo oyeron un punto de atención que á cuenta sonó en la garita de Cholula, que era el cuartel general de Alatorre; después, como si hubiera sido el canto de un ave madrugadora, respondió á aquella corneta otra que lanzó un trémolo en el

rancho de San Juan, y al fin una tercera repercutió segura y clara en la cima del cerro...

Pancho y sus amigos volvieron la cabeza adonde sonaba aquel reclamo y vieron incendiarse una gran tela que pendía de un andamiaje alzado en la cúspide del cerro; á su resplandor, que era rojizo, violento, terrible como de hornaza, como de fragua, como de fundición, vieron un hombre todo rojo con sombrero rojo, montado en un caballo rojo y señalando con la mano á las flechas, á las torres, á las espadañas, á las cúpulas, que brillaban con todos sus azulejos, con todas sus cruces, con todas sus estatuas y con todos sus mármoles, rojos, rojos como visión infernal, apocalíptica, siniestra.

En aquel momento se escuchó un inmenso alarido, un alarido que salía de sus mil bocas, una voz inorgánica, primitiva, arrolladora, formidable que gritaba guerra y venganza en medio de aquella noche negra y roja y ante los ojos claros de las estrellitas que se asombraban al ver removerse así á aquellos bultos oscuros.

¿Qué gritaban los hombrecillos aquellos? ¡Quién sabe! pero en un momento empezaron á avanzar resueltamente á través de aquella lluvia de lumbre, de aquella fusilería tupida y espantosa que salía de la trinchera, que vomitaba el balcón, que dejaba escapar el vano de la puerta, que llenaba el agujero imperceptible y que coronaba, como en una fiesta de fuego, la azotea coruscante y apretada de luz...

Pancho vió que una casa del costado de San Agustín trasudaba fuego y humo; entre el polvo y la obscuridad caían los republicanos como si hubieran sido las figuras de un juego de niños.

— ¡Aquí, Récal!, gritó; ¡aquí, amigos: acerquen las escalas! ¡Arriba!...

Y dando el ejemplo, trepó varios escalones, se cogió de un balconcillo de madera, apartó el arma del soldado que le cazaba desde la altura, sostuvo la escala é hizo frente á los que le disparaban desde dentro.

— ¡No se escondan, bandidos; no corran! decía Pancho con la furia retratada en el semblante y completamente olvidado de sus negros pesimismo.

— ¡Por esa escalera, Récal; arriba á la azotea!... ¡Desalójelos de esa recámara, Martínez!... ¡Usted, Domínguez, á mi lado!... ¡Vamos abajo, á echarles del zaguán!... ¡Ya está; vamos á ver cómo sigue la cosa en la azotea!...

No podía ir peor: el zuavo estaba cogido entre un lavadero y rodeado de diez ó doce enemigos.

— ¡Déjenle, que aquí estoy yo!... ¡Acércate, gabacho!

Mirándose auxiliado, Récal formó grupo con los de Pancho; mas éste vino á quedar reducido á no tener más auxiliar que su concuñado, pues los demás estaban muertos ó heridos. Como los parientes se encontraban armados, los dueños de la posición se mantuvieron á distancia; pero tan pronto como uno de éstos asomó la cabeza Olivos le

enderezó un tiro certero que le entró por la sien derecha; otro que quiso adelantar el cuerpo, recibió de lleno un balazo de Récal; un tercero que armado de lanza consiguió herir al zuavo en una pierna, se llevó un confitazo en el corazón y rodó sobre la citarilla cayendo al suelo. Los demás huyeron á toda prisa, pues los grupos de los bajos y del entresuelo subían á auxiliarles.

— ¡Es nuestra, es nuestra la casa, coronel!

— ¡Pues vamos á la trinchera! Ustedes quedan encargados de posesionarse de las otras azoteas y de hacer fuego á los de la espalda de San Agustín... Sígueme, Récal.

Salieron los amigos y vieron á los de Enríquez tiroteando la posición y posesionados de las paredes inmediatas. Pancho, guareciéndose en los sacos de paja que llevaban dos hombres, llegó hasta la orilla del foso, trepó hasta la cima de la fortificación y gritó con furia:

— ¡Por aquí, amigos, por aquí!

Y al saltar al otro lado cayó rodando en tierra.

Media hora después se rendían San Agustín y la Catedral, que se habían defendido hasta lo último. Se oían truenos de salva, vivas y aclamaciones; el general, victorioso, recorría las líneas en medio de los aplausos de los suyos, y la aurora, saliendo de entre unas nubes de nieve y grana en que parecía que el rosa se bañaba en leche, alumbraba enseñas, cañones, caballos sueltos, hombres difuntos y heridos.

Un ordenanza se acercó á Porfirio y le comunicó algo al oído.

— ¿Olivos?, preguntó con extrañeza.

— Sí, mi general, el coronel Olivos.

— Pues vamos allá.

Y se metió por la calle de Misieses, donde vió un bulto tendido en el zaguán de aquella casa que había habitado Campardon y en que habían pasado tantas cosas memorables para Olivos. Tenía la cara, las manos, el cabello, el uniforme, todo lleno de sangre y de lodo; estaba pálido, desfigurado, jadeante. De la boca le salía un torrente de sangre negra como si la enviara una bomba que funcionara tarde y de mala gana; los ojos tenían esa expresión de frío, de miedo, de extrañeza, que tienen los ojos de los animales muertos en la caza; del pecho le salía un estertor que parecía el gorgoriteo de una marmita puesta á la lumbre...

Porfirio se acercó afligido, esperanzado, anheloso.

— ¡Pancho, coronel, no es nada!... ¡Esto no es nada! Que venga Salinas, que venga Montes de Oca, que llamen á su familia!... ¡Pancho, amigo, pobre amigo, pobre amigo de mi alma!... ¡Soy yo, tu jefe, tu general... Porfirio!...

El moribundo cogió la mano del caudillo, la llevó á sus labios descoloridos y la conservó mientras tuvo vida.

El físico llegó á poco y levantó el capote con que Pancho estaba cubierto, alzó la camisa y descubrió en medio del pecho un agujero violeta que no sangraba gota.



— Perdido está, le quedan momentos...

— Perdido está; le quedan momentos.

— ¡Era el más fiel de mis amigos!, murmuró Porfirio con los ojos llenos de lágrimas.

Quizás oyó aquello Pancho, pues asió la mano de su jefe, la besó con las pocas fuerzas que le quedaban, arrojó una bocanada de sangre, lanzó un suspiro, se estiró cuan largo era y quedó sin movimiento, con la expresión de frío, de miedo y de extrañeza que tienen los animales muertos en la caza.

El general tuvo ánimo para separarse de allí; pero dijo en voz alta y con la voz mojada en llanto:

— ¡Que se preparen los funerales de mi amigo... de mi amigo el general Caballero de los Olivos!

Y se alejó al trote á ordenar lo que procedía después de aquella gran victoria.

